

CAPÍTULO LV

ROBÍN PIERDE SU PLAZA

El portero que tenía á su cargo la comunicación del hotel por aquella parte del patio, había ido á ver lo que pasaba por la escalera principal, atraído por el ruido y las voces. Carker llegó sin dificultad á la puerta, levantó el picaporte y con la mayor suavidad posible se escapó á la calle.

Estaba verdaderamente asustado, á pesar de su ira. Todo lo hubiera preferido á encontrarse con aquel hombre de quien no se le daba nada dos horas antes. Y no era que la emoción de la sorpresa le hubiese anonadado; ciertamente no esperaba encontrarse de aquel modo con su rival; pero le hubiera dado cara. Lo que le trastornaba, lo que le hacía perder el dominio de sí mismo era el verse cogido en sus propias redes, era el ver que la mina dispuesta por él estaba contra él mismo. Aplastado como un reptil, atrapado y escarnecido por aquella mujer de la que él se imaginó ser dueño, á su capricho, escarmentado como un zorro, iba huyendo lleno de vergüenza y de miedo.

Otro terror se apoderó de él mientras escapaba por las calles, estremeciéndole como si fuera un choque eléctrico; una visión inexplicable, unida con el estre-

mecimiento del suelo : un temblor en la tierra y un batir de alas en el aire; la Muerte que pasaba, que pasaba sobre su cabeza. Agachóse Carker y la Muerte cruzó por encima sin tocarle, pero dejándole envuelto en un horror pasmoso.

Levantó su alterado rostro y vió que las estrellas lucían con serenidad inalterable; tranquilizóse un poco y se detuvo para reflexionar qué haría. Consideró que en aquella tierra extranjera, en aquel lugar apartado, no le protegerían las leyes; que si se refugiaba en Sicilia ó en cualquiera otra región de Italia, estaría á merced de los asesinos que cobrarían por matarle, en la calle, al volver una esquina. Estos temores, el desbarate de sus planes, le hicieron cambiar enteramente de intención; resolvió volverse á Inglaterra. « Allí estaré en seguridad — pensó — y si no me decido á encontrarme con ese loco me hallaré más seguro de lo que puedo estarlo en el extranjero. Y si llegara á encontrarle, más tarde, cuando se le haya pasado la furia, siempre tendré quien me sostenga; no me verá acosado y despedazado como una rata. »

Pronunció el nombre de Edith, entre dientes, apretando las manos y, encaminándose por las calles, llegó á encontrarse ante la puerta de un parador extraviado. Evidentemente todos dormían allí dentro; pero Carker llamó y á esta llamada un hombre abrió la puerta. Á la luz de un farol que el posadero llevaba en la mano, pasó Carker á la cochera y ajustó el precio de un viejo faetón para ir hasta París.

Pronto quedó hecho el trato. Ordenó Carker que engancharan inmediatamente y que le siguiera el carruaje, pues él iba andando hasta que éste le alcanzara. Así atravesó Carker la ciudad á pie y se encontró por fin fuera de las viejas murallas en medio de

la carretera que serpeaba por la llanura oscura, como un río.

¿Á dónde caminaba este río? ¿Qué término tenía? detúvose Carker ensimismado en sus pensamientos y nuevamente le pareció que oía entre los árboles del camino el sordo ruido de la muerte, impetuoso y terrible; conturbóse con profundo terror, entenebrecido su ánimo como el lugar en que se hallaba.

No se sentía el viento; no pasaba ninguna sombra que alterase la soledad de aquel paraje; la ciudad aparecía tras de Carker, revelada por algunas luces espaciadas y por los altos muros de las casas que ocultaban, como pantallas, la leve luz de las estrellas. En medio de aquel recogimiento tan lleno de temor y misterio, oyó un lejano reloj que daba las dos y luego otros que repetían la misma hora con variedad de amortiguados timbres.

Le pareció que había andado mucho. Se detuvo para escuchar si se le acercaba el carruaje y efectivamente no tardó en llegar á sus oídos el repicar de cascabeles. Por momentos le parecía que este rumor cesaba; luego tornaba á oírlo, unas veces muy lento cuando el camino era penoso, otras vivo y alegre. Por último tuvo Carker delante al postillón que guiaba cuatro caballos y los refrenó al alcanzarle.

— ¿Quién va? — preguntó el postillón — ¿Es usted, caballero?

— Sí, soy yo.

— El señor ha caminado demasiado en esta oscuridad.

— Nada importa. Cada uno tiene sus gustos. ¿Están encargados los relevos de posta?

— ¿De posta? ¿Otros caballos á estas horas? De ninguna manera...

— Vamos, amigo. Yo tengo muchísima prisa. Á ver cómo apretamos. Á mayor velocidad mayor propina. Andando. ¡Á escape!

— ¡Hala! ¡Sus, sus! ¡arre!

Y adelante, á galope por el camino, levantando una polvareda como espuma.

Esta confusión y este ruido armonizaban con las desordenadas ideas del fugitivo. Ninguna claridad por fuera, ninguna claridad por dentro. Los objetos iban desfilando locamente, sin revelarse apenas. Más allá de los cercados y cortijos, en las inmediaciones del camino, se distinguían entre la nebulosidad campos extensos. Más allá de las mudables imágenes que se alzaban en su mente desvaneciéndose al momento, se dilataba un negro espacio de terror, de rabia y villanía. De cuando en cuando llegaba de la distante sierra del Jura un soplo de aire fresco que iba á perderse por el llano. En algunos momentos creía Carker escuchar aquel furioso ruido que en su imaginación había oído antes, como acercándose, pasando y dejándole la sangre helada.

La pálida luz de los faroles á los lados del coche daba en la cabeza de los caballos y en la capa del postillón, formando perfiles indecisos. Carker reconocía en aquellas siluetas las caras de gente conocida; veíalos en sus actitudes habituales, inclinados sobre la mesa de escritorio, escribiendo en los libros; conocía también en aquellas extrañas apariciones unas veces al hombre de quien iba huyendo y otras veces á Edith. Entre el sonar de los cascabeles y el rodar de las ruedas le parecía oír palabras. Confuso y trastornado no se daba cuenta del tiempo; los acontecimientos de la noche pasada se le representaban en la mente como viejos de un mes — por momentos

sentíase cerca de su casa, por momentos sin esperanza de llegar á ella : todo era conmoción, discordia, miedo, tinieblas, confusión en derredor suyo. — Y ¡hala! á escape, á galope por el camino, el coche levantando polvo como espuma, los caballos humeantes, relinchando y botando como si fueran montados por el diablo : ¡adelante! en frenético triunfo por el camino oscuro. ¿Á dónde?

Otra vez la sensación desconocida, el choque eléctrico que recorre los nervios de Carker, al mismo tiempo que los cascabeles parece que preguntan « ¿á dónde? y las ruedas repiten la pregunta ¿á dónde? » Todo resuena en sus oídos con la misma interrogación; todo pregunta « ¿á dónde? » Las luces y sombras en las cabezas de los caballos danzan como duendes. No hay que pararse ahora, no hay que aflojar el paso. ¡Adelante, adelante! impetuosamente por el camino obscuro.

No podía reflexionar en nada. No era capaz de separar unos de otros los asuntos merecedores de reflexión; ni tenía energías mentales para concentrar su atención por un minuto en un determinado objeto. El fracaso de su proyecto concerniente á lograr una voluptuosa compensación del pasado; la turbación en que se hallaba al comprender él mismo que había sido traidor á un hombre, para con él confiado y generoso : tales eran las consideraciones que se agitaban en su espíritu. Pero no le embargaban por completo, pues también había lugar en su mente para el recuerdo de las palabras y las miradas altaneras que durante años le martirizaron duramente y que guardaba en su corazón puestas á réditos de ira. Acrecentábase la rabia pensando en la mujer que le había hecho caer en el lazo, llevándole á ser no más que

un instrumento de su propia venganza. Indecisos y mal trazados planes de desquite flotaban en su espíritu; pero no tomaban consistencia; la confusión y la contradicción prevalecían. Su única idea, en medio de aquel febril estado, era la de sentirse incapaz de reflexionar, en el instante y por un tiempo indefinido.

Luego surgieron en su memoria aquellos días que precedieron al segundo matrimonio; se acordó de los celos que había tenido del niño, de los celos que había tenido de la niña, del artificio que había desplegado para mantener á todos alejados, para estrechar el círculo en que tenía recluido á su embaucado. ¿Y todo esto venía á parar en tener que huir ahora, como un ladrón amedrentado?

De buena gana se hubiera suicidado para castigarse á sí mismo por su cobardía, pero en último término, hiciera lo que quisiera su derrota era cierta: no valía la pena de matarse. Estaba como paralizado y no sabía hacer otra cosa que maldecir á Edith, maldecir de Dombey, maldecir de sí mismo y huir, huir siempre : nada más que esto.

Una y otra vez escuchó pareciéndole que detrás corría otro coche. Una y otra vez oyó con la imaginación que aquel otro coche iba ya á sus alcances. Al cabo se persuadió tanto de esto que, prefiriendo perder avance á seguir en la incertidumbre, gritó al postillón :

— ¡Alto!

Al oír esta voz el postillón, los caballos y el coche se pararon en medio del camino.

— ¿Qué le pasa? — preguntó el postillón volviendo la cabeza y después de lanzar un juramento. — ¿Qué ocurre?

— ¡Silencio!... ¿No oye usted?

— ¿El qué?

— Ese ruido.

— ¡Quieto, rediós! — exclamó el postillón dirigiendo la palabra á un caballo que sacudía la collera haciendo sonar los cascabeles. — ¿Qué ruido?

— Detrás. Otro coche que viene á la carrera. ¿Qué es eso?

— ¡Maldita sea tu estampa! — exclamó el postillón riñendo á otro caballo que mordía á su compañero mientras los otros dos, asustados, se encabritaban.

— ¡No oigo nada! Ni veo venir nada.

— ¿Nada?

— Nada más que el día, que ya apunta.

— Me habré equivocado. La verdad es que ahora yo tampoco oigo nada. Vamos andando.

Vuelven á arrancar los caballos, medio ocultos por la nube de sudor que los rodea; primero al paso porque el postillón aprovecha aquella parada innecesaria para sacar una navajilla y cortar la punta del cordel en el látigo, poniéndole otra nueva. Luego, ¡hala, hala! otra vez á galope, locamente.

Iban apagándose las estrellas, ahogadas por la luz de la aurora. Puesto Carker de pie, miraba por la trasera del carruaje; pero no se veía á nadie en lo que alcanzaba la vista por el camino recorrido. Pronto se hizo de día: el sol comenzó á dar en los sembrados y viñedos; algunos peones empezaban á salir aquí y allá de sus casetas y á machacar la piedra en las laderas del camino ó á desayunarse con pan. Luego empezaron á encontrarse labradores que iban á su trabajo ó al mercado ó que se asomaban á las puertas de sus pobres viviendas para ver pasar el carruaje. Y después el patio de la casa de postas, cuajado de barro, lleno de estiércol humeante, rodeado de paredes y

caserones ruinosos, dominados por un torreón vetusto entre cuyos sillares asomaba la hiedra como asomaba el musgo desde la solana hasta el tejado.

Encogido en un rincón del coche no pensaba Carker en otra cosa que en huir, como no fuera en levantarse para mirar atrás, por el camino. Sentábase otra vez y volvía á sus pensamientos sin orden y sin fin.

Era el desfile de los caminos largos; pueblecitos, cuestras, llanuras, campanarios empinados sobre las casas, gente que salía á las ventanas, curiosamente, al oír el rodar del carruaje por las mal empedradas calles; y luego manadas de ganado, vacas, bueyes encerrados en algún callejón, balando, mugiendo, peleándose, sufriendo palos en los cuernos, estacazos sin duelo. Venían después los puentes, los humilladeros, las ermitas, los paradores donde se cambiaban los tiros, enganchando caballos descansados y dejando á la puerta los caballos cansados, jadeantes, con la cabeza baja olfateando la cuadra; cementerios con cruces de madera, mal clavadas en tierra, y coronas ajadas á medio desprender de las cruces. Y otra vez el camino largo, largo, tendido siempre por cerros y por valles hacia el engañador horizonte.

Por la mañana, por la tarde, por la noche, á la luz del sol, á la luz de la luna, veía el campo, siempre el campo, el camino, siempre el camino, pedregoso, dando saltos las ruedas ó hundiéndose en los baches. Llegaba á un parador, se bajaba para comer ó beber algo, unas gotas de vino, para recuperar el ánimo; al momento salían, no sabe de donde, cuadrillas de mendigos, el ciego acompañado de una mujer que enciende una vela y acerca la llama á los ojos del misero que ni siquiera parpadea; la joven idiota; el

cojo; el epiléptico; el paralítico. Si cruzaba en coche por las calles, entre el clamoreo de la gente veía las caras que le miraban todas, las manos que se tendían hacia él y pensaba si allí se encontraría disimulado algún perseguidor enemigo. Encogido en su asiento, atolondrado, adormecido, ó puesto de pie y mirando atrás á ver si le seguían, cavilando entre sueños ó despertado súbitamente y contestando en alta voz á palabras imaginarias, siempre se veía en guerra con el mundo, en guerra también consigo mismo.

La visión del pasado, la visión del presente se confundían en su ánimo. Todos los acontecimientos de su vida, todas las escenas de su existencia las veía allí, surgiendo del paisaje. Contemplando los acontecimientos lejanos se le olvidaban los actuales; sólo de cuando en cuando se sobresaltaba ante la idea de un peligro inminente.

Y seguía rodando, día y noche, á compás de los monótonos cascabeles y de los cascos de los caballos, sin descanso. Pero ya iba llegando hacia su término; ya iba acercándose á París. Ahora su visión es de puentes, muelles, interminables calles; de tiendas de vinos, de acarreadores de agua, de grupos de gente, de soldados, de coches. Y allí, siempre en su coche, cruza por la inmensa ciudad y llega á la puerta de salida, dejando atrás el estrépito, el rumor, el eco. Ahora tiene otro coche, pero con igual cascabeleo, el mismo trote, idéntico rodar. Llega el alba, el amanecer; ya sale el sol. Entonces siente que los caballos van al paso, que van subiendo hasta una cumbre en cuya cima bate el aire del mar. Ya ve distintamente las olas, ya baja al puerto, ya tiene ante su vista las mujeres y los chiquillos que esperan á pie firme la arribada de las barcas de pesca; y ve redes colgadas

y trajes de marinero tendidos al sol y hombres que gritan desde lo alto de los mástiles, en vergas y cordajes; ve la fluctuación y limpidez del agua y la universal animación.

Luego se aparta de la costa y contempla desde la cubierta del barco, la tierra que va dejando atrás y que aparece iluminada de cuando en cuando por los rayos del sol. Vienen luego el oleaje y el murmullo de la serena mar. Y después aparece otra línea cenicienta en el horizonte, línea que poco á poco va siendo más visible y se destaca y sube, convirtiéndose en rocas, en una torre, en un molino de viento, en casas; viene el navegar por agua dulce y el llegar á un muelle donde está esperando mucha gente, á un muelle donde aguardan el desembarco los amigos, los parientes de los pasajeros y marinos. Desembarca él también, pasa sin llamar la atención: ha vuelto al suelo de Inglaterra.

En sus sueños había pensado retirarse á una región remota que conocía como buena para permanecer apartado, en espera de los informes secretos que se proponía recoger para determinarse en consecuencia. Acordóse de cierta estación del ferrocarril donde se verificaba el empalme con la línea camino del lugar á donde quería dirigirse; una posada había cerca de la estación que le agradaba como rincón tranquilo. Tomó billete para dicha estación y pronto se encontró en el vagón, internándose á toda velocidad por la campiña verde. Cuando bajó del tren en la estación á donde iba examinó el lugar cuidadosamente. No se había engañado; era efectivamente un apacible sitio, una casita nada más, en la linde de un bosque, rodeada de un lindo jardinillo. La aldea más próxima distaba de este lugar unas cuantas millas. Allí se

instaló tomando dos habitaciones en el piso alto, suficientemente retiradas.

Era su propósito permanecer allí, en sosiego, hasta serenarse por completo, hasta recuperar el dominio de sí mismo, hasta equilibrar sus pensamientos. Aun predominaban en su cerebro el desconcierto y la ira : así se paseaba por la habitación, apretando los dientes. No era dueño de sus ideas y ni aun podía encauzarlas : estaba como tonto.

Pero, lo mismo que si pesara sobre él la maldición de no tener nunca jamás reposo, sus adormilados sentidos no se daban cuenta de existir. No tenía más influencia sobre ellos que si hubieran pertenecido á otro hombre. No le obligaban á enterarse de los objetos que tenía delante; pero le forzaban á recordar constantemente los acontecimientos pasados : veía á Edith mirándole desdeñosamente, veía el pasado desfile por pueblos y por campos, á la luz y en las sombras, con sol ó con lluvia, por carreteras y empedrados, por cerros y por valles, por cuevas y barrancos, atemorizado por el monótono sonar de los casca- beles, las ruedas y los cascos de los caballos.

— ¿En qué día estamos? — preguntó el mozo que estaba preparando la mesa para servirle la comida.

— ¿Qué día? — repitió el mozo extrañado de la pregunta.

— Sí. ¿No es miércoles?

— No señor, no ; es jueves.

— ¡Ah! ¡Cómo pasa el tiempo! Tengo el reloj parado.

— Faltan unos minutos para las cinco. El señor ha hecho un largo viaje, sin duda...

— Sí.

— ¿Por ferrocarril?

— Sí.

— Pues por eso se confunde el señor. No lo digo por mi propia experiencia, porque yo no tengo mucha costumbre de viajar por ferrocarril, pero se lo he oído decir á muchos señores viajeros.

— ¿Hay muchos viajeros aquí?

— Bastantes, en general, señor. Pero actualmente no : no hay nadie. *Todo* anda mal ahora, señor.

Carker no habló más : cambió de postura en el sofá donde estaba medio tendido; se sentó, inclinado el cuerpo y apoyado en los brazos, ambos codos en las rodillas. Miraba al suelo, pero no podía fijar la atención ni un momento : vagaba, sin determinarse, sin discernir entre cosa alguna, pero ni un instante se confundió hasta dar en el sueño.

En vano bebió abundantemente vino después de la comida : no había modo de que el sueño le entornara los ojos. Sus pensamientos, más incoherentes aún, le arrastraban, todavía más incompasivos, en pos de ellos, como si fuera un miserable, condenado al suplicio de descuartizamiento, amarrado á la cola de caballos salvajes.

Cuanto tiempo permaneció reflexionando y bebiendo, arrastrado por su imaginación cada vez más lejos, nadie lo sabía menos que él. Lo único de que se dió cuenta fué de que llevaba mucho tiempo sentado, á la luz de una vela, cuando se levantó con súbito terror, poniéndose á escuchar.

Y ya no era efecto de su imaginación : la casa temblaba y la tierra se estremecía; un rumor impetuoso zumbaba sordamente en el aire : sentíalo como si se le viniera encima. Corrió á la ventana, la abrió, y viendo lo que era se echó atrás, como si sólo con mirar se pusiera en peligro.

¡Maldición á este fiero demonio, que camina entre truenos, que señala su paso con regueros de luz y de humo cárdeno, desapareciendo al momento! Parecía á Carker que habría sido hecho pedazos si no se hubiera retirado á tiempo. Aun no había terminado Carker su movimiento atrás y ya se perdía el ruido á lo lejos, viéndose los carriles de hierro relucientes á la luz de la luna, solitarios y abandonados como en un desierto.

Incapaz de permanecer tranquilo, atraído irresistiblemente — así lo pensó él — por aquel camino, salió hacia la vía férrea y se puso á pasear examinando las humeantes cenizas caídas al paso de la locomotora. Media hora estuvo paseándose, siguiendo la dirección del tren : después volvióse atrás y caminando siempre por la vía desandubo lo andado. Cruzó por delante del jardinillo de la posada y siguió andando largo rato examinando con curiosidad los puentes, señales, faroles, pensando si pronto pasaría por allí otro demonio.

Tiembla la tierra y óyese una vibración acelerada : suena un distante chillido, avanza una luz apenas perceptible, que pronto se cambia en dos ojos encarnados : un fuego arrebatado, ascuas que se desprenden de una máquina que arrastra una rodante y dilatada masa : una bocanada de viento, un zumbido — otro tren que ha pasado y que desaparece, mientras Carker se agarra á la valla como para salvarse del peligro.

Y después otro tren, y otro : y Carker volvió al sitio donde primero había estado, y tornó al ocupado luego, y otra vez, por entre las fatigantes alucinaciones de aquel día, vió pasar nuevos monstruos. Dió vueltas en derredor de la estación, en espera de

que algún tren se detuviese : y cuando uno lo hizo y destacó la máquina para ir á tomar agua, se acercó á ella, examinando las pesadas ruedas, la bronceada frente y pensando cuán grande y qué cruel era el poder del artefacto. ¡Ah! ver como aquellas enormes ruedas daban vueltas, imaginarse que le cogían debajo y trituraban!...

Turbado por el vino y necesitado de descanso — necesidad que no podía satisfacer, que no lograba apaciguar — aquellas ideas y aquellos objetos embargaban tristemente su ánimo. Cuando volvió á su cuarto, lo que no hizo hasta después de media noche, aun le inquietaban los mismos pensamientos, aun oyó un nuevo tren que se paraba.

Acostado, perdió la esperanza de dormirse. Siguió escuchando y cuando sentía el temblor del suelo y el zumbido, saltaba de la cama, corría á la ventana y miraba, hasta donde podía, la luz apenas perceptible que se cambiaba en dos ojos encarnados, el fuego arrebatado del que se desprendían ascuas y el trazo de cenizas y de humo entre los carriles de hierro. Miraba luego en la dirección que se proponía tomar al amanecer, pues en aquella casa no le era posible ya el descanso. Tan pronto como se reclinaba volvía á sus alucinaciones pasadas, al monótono ruido de cascabeles y de ruedas y de los cascos de los caballos en las piedras, hasta que pasaba otro tren. Así transcurrió toda la noche. Lejos de recobrar el dominio de sí mismo parecía que iba perdiéndolo más y más á medida que transcurría la noche. Amaneció y Carker seguía atormentado por las mismas ideas, aplazando siempre el reflexionar hasta que se encontrara más tranquilo. Lo pasado, lo presente y lo futuro confusamente se agitaban en torno suyo sin

que estuviera en su poder el reflexionar sobre ninguno de estos tiempos.

— ¿Á qué hora hay un tren? — preguntó Carker al criado que entraba trayendo una bujía encendida.

— Á las cuatro y cuarto, señor. El expreso pasa, sin detenerse, á las cuatro.

Carker se llevó la mano á la frente : le pareció que tenía fiebre. Miró el reloj : eran las tres y media.

— Probablemente si se marcha usted por ese tren será el único viajero — observó el criado. — Los otros dos señores que hay aquí se quedan para tomar el tren de Londres.

— Creí entenderle á usted anoche que aquí no había nadie más que yo — dijo Carker con aquel gesto sonriente que significaba en él desconfianza ó ira.

— Muy cierto, señor : estos dos caballeros han llegado por el tren corto de esta noche. ¿Necesita usted agua caliente?

— No ; ni tampoco necesito la vela : entra suficiente claridad del día.

Como se había echado en la cama á medio vestir ya estaba en la ventana antes de que el criado hubiera salido del cuarto. La fría luz de la mañana había sucedido á la noche y los rayos del naciente sol coloreaban de rosa el horizonte. Bañóse la cabeza y la cara con agua fría — sin lograr refrescarse — se acabó de vestir prontamente, pagó su cuenta y salió fuera.

Un fuerte soplo de aire desagradable y frío, le envolvió. Sudoroso como se hallaba, aquella sensación le hizo estremecerse. Dirigió la mirada hacia el sitio por donde había estado paseando de noche y á las luces de señales ya sin brillo ante la claridad del día. Luego, volviéndose hacia el sol, le vió surgir,

radiante, iluminando con su esplendoroso resplandor todos aquellos campos.

Imponente, solemne se levantaba el sol. Al verle tan sereno y tranquilo, incommovible á pesar de las infinitas iniquidades y crímenes cubiertos, desde el principio del mundo, por la luz de sus resplandecientes rayos, acaso experimentó Carker alguna débil sensación de lo que es la virtud en la Tierra, acaso comprendió las recompensas en el Cielo. Tal vez pensó en su hermano y en su hermana, con un sentimiento de ternura y de remordimiento. ¡Quién lo sabe!

Pero, si así lo hizo, ya era tiempo. La muerte le acechaba. Ya estaba borrado del libro de los vivos : ya no era de este mundo.

Tomó el billete para el lugar á donde quería enca-minarse. Y paseándose contempló los carriles de hierro, dirigidos de una parte hacia el valle y de otra hacia una negra bóveda que allí cerca se abría. Al llegar al extremo del muelle, volvióse para recorrer en sentido inverso el mismo espacio ya pasado. En aquel instante vió salir por la puerta de la estación al muelle el hombre de quien venía huyendo. Sus ojos se encontraron.

En su sorpresa hizo Carker un movimiento irreflexivo, perdió pie al borde del muelle y se cayó á la vía. Pero se levantó al instante, quiso huir del hombre que le perseguía y aceleradamente, fija la vista en éste, dió unos pasos atrás.

Oyó un silbido — y otro — y vió que el semblante de su perseguidor cambiaba su expresión de ira en otra de espanto y de terror. Sintió la conmoción del suelo. Al momento reconoció el zumbido. Lanzó un grito, volvió la vista y vió los ojos colorados que ya

estaban encima. Y la gran rueda le derribó, triturando, moliendo, chupando la corriente de vida con furor implacable y arrojando mutilados fragmentos al espacio.

Cuando el viajero que había sido conocido, volvió en sí del desmayo, vió un bulto que cuatro hombres silenciosos se llevaban en unas angarillas, mientras otros cubrían el reguero de sangre echándole cenizas.

CAPÍTULO LVI

MUCHA GENTE CONTENTA Y EL POLLO-BRAVO DISGUSTADO

El guardia marina estaba loco de contento. Por fin habían llegado mister Toots y Susana. La joven se precipitó inmediatamente en busca de su señorita, mientras que Toots y el Pollo se quedaban abajo, en la trastienda.

— ¡Oh, mi queridísima, mi buena miss Floy! — exclamó Susana entrando en el cuarto de Florencia. — ¡Quién hubiera pensado que había de encontrarla á usted aquí sola, sin hogar, sin nadie que la sirva! Pero ya nunca, nunca me separaré de usted, miss Floy: no tengo el corazón de piedra; si fuera de piedra no latiría como late, ¡oh, mi querida señorita!

Diciendo todas estas palabras, de un tirón, sin tomar aliento, miss Nipper estaba de rodillas delante de Florencia, abrazada estrechamente á sus piernas.

— Ya sé, ya sé — prosiguió Susana — todo lo que ha pasado; ya lo sé, queridita mía; me ahoga la alegría.

— ¡Susana, mi buena Susana! — dijo Florencia.

— ¡Dios la bendiga! Mi niña, la que ha sido mi niña, va á casarse! — exclamó Susana con explosión de pena y de placer, de satisfacción y pesadumbre